II

De los primeros Religiosos fundadores.

En las circunstancias á que había llegado el estado social de Yucatán, la necesidad imperiosa, urgente, venía á ser, aun más que antes, la llegada de Religiosos misioneros que evangelizáran á los naturales, por lo mismo de estar yá sojuzgados unos por la fuerza, y otros espontáneamente con la esperanza de conocer y de abrazar la Religión de la Crúz. Se hacía necesario que el cristianismo enjugara tantas lágrimas, que remediara, ó por lo menos aliviara, tantos y tan graves males, y aun legitimara la dominación española conforme á lás nobles y levantadas miras de la Iglesia Católica, y no según los fines, tal vez puramente materiales, tal vez inicuos y bastardos de los guerreros conquistadores, que una vez dejadas las armas y constituidos en encomenderos de los indios, habíanse tornado en amos y señores, casi siempre crueles, avarientos y egoistas.

Bien pronto, para dicha y consuelo de los pobres indios, se presentó el remedio de tamaña necesidad, abriéndose, propiamente hablando, la era de su evangelización, de la cual sólo habían sido felices, pero pasajeros preludios, las momentáneas apariciones de los Religiosos predicadores de que antes hablamos. ¡Cómo se combinan, y cuán prodigiosamente, los bienhechores planes de la divina providencia! El mismo Fray Jacobo de Testera que había sido el primero en anunciar al pueblo maya la aurora de su cristiandad, había ido después al Capítulo general que su Orden celebró en Europa, en la ciudad de Mantua, trayendo á su vuelta con el carácter de Comisario General de la Nueva-España, un considerable número de Religiosos concedidos por el Emperador Carlos V, y de que á su llegada á México envió una parte para Guatemala y Yucatán, encabezados por el célebre P. Fray Toribio de Motolinia, justamente el año de 1542, fecha de la fundación de nuestra ciudad de Mérida, año inmediato siguiente al término de la

conquista; y poco tiempo después, el dicho P. Motolinia, hizo pasar á esta Península de Yucatán el número de Religiosos que el mismo Comisario General le destinaba, no yá para misionar por breve tiempo y volverse, sino para ser los primeros fundadores de la Provincia de San José, asentándose en la tierra y edificando sus conventos. Estos Religiosos no fueron cuatro, como dice el P. Mendieta, (1) á quien copió el P. Torquemada, ni tampoco vinieron presididos por el P. Fray Luis de Villalpando como dice Cogolludo (2) y han repetido otros, sino por el Rvmo. Sr. D. Fray Juan de la Puerta, con el carácter de primer Prelado Comisario de su Orden en Yucatán.

Fray Juan de la Puerta es de la más alta y gloriosa celebridad en nuestra historia: es el primer misionero directamente enviado con seis cohermanos, todos de la Orden de San Francisco, para fijarse aquí con el objeto de acometer y perfeccionar la grande empresa de convertir á los mayas y de civilizarlos, echando así los fundamentos de la cultura yucateca: es el Apóstol especial de Yucatán, el padre y protector de los indios, y en fin, el primero de los Obispos electos, que si bien no residió en el país como tal, por haber sido uno de los que renunciaron la Mitra desde el punto que les fué ofrecida, pero fué sí el único de los tres, que como predicador evangélico residió en el país, viniendo precisamente á la difícil obra de evangelizarlo, recorriéndolo en todas direcciones, y regando su suelo con sus lágrimas de amoroso pastor, y con sus sudores de incansable y apostólico obrero, siendo como Prelado de los misioneros fundadores, el verdadero Padre de la Iglesia Yucateca.

Nuestro historiador Cogolludo, que escribió un siglo después de estos sucesos, no encontró datos completos ni exactamente verdaderos acerca de ellos, por lo cual, hablando del Rvmo. Sr. D. Fray Juan de la Puerta, como Obispo nombrado para la Iglesia de Yucatán, dice con incertidumbre estas vagas palabras, y tomándole erroneamente por el primer Obispo después de lograda la pacificación y conquista de la Península: «El primer Obispo presentado para ella fué D. Fray Juan de la Puerta, Religioso de la Orden Seráfica, y aun juzgo que de esta Provincia (de Yucatán), porque

(1) Mendieta. Hist. Ecca. Indiana. Lib. IV. Cap. VI.
(2) Cogolludo Hist. de Yucatán. Lib. V. Cap. I.

Desde que el Rvmo. P. D. Fray Juan de la Puerta pisó en unión de sus compañeros la tierra yucateca en el lado de Campeche, emprendió sus trabajos, comenzando por aprender todos ellos el idioma, que por fortuna, rara en los paises de América, es uno sólo en toda la Península, siendo el P. Villalpando el que mejor logró poseerlo y dominarlo, por manera que bien pronto fué el maestro, habiéndole reducido á reglas, escribiendo el primer Arte con que abrió camino á otros que, en el trascurso del tiempo, fueron perfeccionando la Gramática y el Diccionario.

Campeche fué, pues, la parte de Yucatán en que los Religiosos comenzaron la predicación del Evangelio, en la época misma en que la villa acababa de fundarse. Y en seguida de haberse erigido por parte de los conquistadores la Parroquia correspondiente á la misma villa, los Religiosos escogieron lugar para la fundación de su primer convento, qne se intituló de San Francisco, y forma hasta hoy la Parroquia extramuros de la ciudad. Allí recibió las aguas regeneradoras del bautismo el primer noble de la raza maya, que en dicha localidad abrazó la Religión cristiana, y tomó el nombre de Don Diego Ná.

En Campeche también primero, y luego inmediatamente en Mérida, siguiendo el joven Montejo el ejemplo de Cortés en México, reunió asambleas de todos los más principales indios, para prestar en su presencia público y solemne homenaje de veneración y acatamiento á los Religiosos misioneros, para hacerles comprender cuánta había de ser la adhesión, la obediencia y el respeto con que debían desde luego conducirse para con aquellos Sacerdotes que venían como embajadores de Dios á predicarles las verdades reveladas. Y los indios se fijaban mucho en la diferencia que había entre el continente humilde y venerable del monje y la soberbia apostura del soldado de la conquista. Veían detenidamente el tosco sayal del hábito franciscano, la grosera cuerda que ceñía la cintura, la cabeza raida y la pobre sandalia de los pies; y contemplando, sobre todo, la Cruz que el misionero enarbolaba como su más preciado pendón, reflexionaban diciendo, que veían realmente cumplidos los antiguos pronósticos de sus propios sacerdotes aborígenes.

El Rvmo. P. D. Fray Juan de la Puerta pasó á Mérida con los otros Religiosos, habiendo dispuesto que, por algún tiempo,

continuase en Campeche sus tareas evangélicas el P. Fray Luis de Villalpando, acompañado del P. Fray Lorenzo de Bienvenida, que había llegado yá, recorriendo á la vez los principales Cacicazgos, así en las Provincias de Mérida como de Campeche, pues el dicho Prelado Comisario hubiera deseado convertir á toda la multitud de habitantes que entonces poblaba á la Península, en el más breve tiempo que fuera posible, pero las dificultades eran muchas, la mies abundantísima y pocos los obreros. Los indios así por carácter, como por recelo y vacilaciones, preferían á la mansión de los pueblos el andar como errantes por los bosques, en chozas esparcidas á grandes distancias, y no era el menor de los trabajos apostólicos el reducirlos á morar en poblaciones agrupadas, que facilitara el fruto de la predicación y de la administración de sacramentos.

En Mérida como capital de la Colonia, debía fundar el Rvmo. P. Comisario el Convento Mayor de la Orden, y suplicó por esto al Teniente de Gobernador D. Francisco de Montejo, en cuya casa moraban provisionalmente los Religiosos, que le cediera un sitio á propósito para el monasterio. El Gobernador había escogido hácia el Sureste de la plaza principal é Iglesia Mayor, á distancia de pocas cuadras, una de las colinas artificiales indígenas, que formaban antiguamente la mejor parte arquitectónica y monumental de la ciudad, para erigir un Castillo; más viendo el deseo del Rvmo. P. D. Fray Juan de la Puerta, de que le fuese concedido aquel lugar para el monasterio, cedióselo de buena voluntad y allí se emprendió inmediatamente la obra. Intitulóse también este Convento, como todas las principales instituciones de cualquier género elevado que en obra se ponían, de «Nuestra Señora la Madre de Dios,» en el misterio de la Asunción, aunque generalmente se le denominaba «San Francisco el Grande» ó el «Convento Mayor,» como centro y cabeza de todos los demás. Tiene de particular, que como se edificó sobre la base de un antiguo edificio, quedaron debajo del dormitorio principal, según atestigua Cogolludo, (1) los restos de las construcciones mayas.

En este lugar, que por tres Siglos caracterizó de una manera especial á la ciudad, fué donde al instalarse el monasterio, si-

(1) Cogolludo. Hist. de Yucatán. Lib. IV. Cap. XII.

quiera pobre y reducido, pero elevado y predominante, material y moralmente hablando, se estableció el primer depósito del Santísimo Sacramento, pues ni en la Iglesia Mayor había sido esto posible, por la soledad en que se encontraba el primer Cura Párroco de la ciudad D. Francisco Hernández y sus inmediatos sucesores. (1)

III

Catequismo, Escuelas, Misiones.

Para la propagación de las sagradas enseñanzas, debía ser y fué el método del catequismo, la institución de las escuelas y las misiones por todos los pueblos adonde alcanzar pudiere el esfuerzo de los Religiosos, el medio efectivo que desde luego estableció y sistemó el celo del Rvmo. P. D. Fray Juan de la Puerta. Se reunía á los niños indígenas para la Doctrina, y se predicaba de continuo á los adultos, haciéndoles también aprender de memoria los principales principios de la fé.

Si el Capellán de la Conquista y primer Cura de Mérida Pbro. D. Francisco Hernández, tuvo la satisfacción de catequizar y bautizar al Rey de los mayas, como la ilustre primicia de Yucatán para la Iglesia en los días de la misma Conquista, pronto, en seguida, los Religiosos franciscanos sembraron y difundieron la Religión Cristiana en las masas populares no menos que entre la nobleza de la raza indígena. En Mérida recibió con gran solemnidad el bautismo un indio noble y principal, apadrinándole en la sagrada fuente el Gobernador, á cuyo respecto, y en honor del Patriarca de la Seráfica Orden, tomó por nombre D. Francisco. Junto con este noble indio fué también bautizado otro igualmente grande y principal, que tomó por las mismas razones el nombre de Francisco. El señorío ó cacicazgo de éste era del

(1) Entendemos que el primer Cura D. Francisco Hernández moriría en ó después de 1545, porque esta es la última fecha en que aparece, yendo á saludar en Campeche al Illmo. Sr. D. Fray Bartolomé de Las-Casas que iba de tránsito para su Obispado de Chiapas. Los Curas inmediatos que sucesivamente le sucedieron en la Catedral, fueron D. Francisco de Alarcón, 1545, y D Lorenzo de Monteroso, 1547, que después llegó á ser Canónigo y Dignidad de Chantre.

pueblo de Sitpach (Zicilpach), y del primero el de Caucel. Cogolludo dice: «El Cacique de Caucel yá llamado D. Francisco Euan, era de más de cincuenta años de edad, de muy buen entendimiento y capacidad con que aprendió á leer y escribir.» También dice de él: «Junto con haber sido Señor en lo temporal, era sacerdote de ídolos y gran maestro de la idolatría.... pero de tal suerte obró en él la gracia del santo bautismo, que habiendo hasta entonces sido maestro de la idolatría, desde que le recibió fué fidelísimo coadjutor de los Religiosos en la conversión de los restantes. Fué de grande ejemplo el de este indio, para que los demás se dispusiesen á recibir el santo bautismo, porque demás de tener buena persuasiva, ayudaba mucho la grande opinión que entre ellos tenía de sábio, y ver que habiendo sido sacerdote de sus ídolos, yá los detestaba con tanta eficacia, y les decía no ser dioses los que adoraban por tales, con que creían más bien lo que de la fe cristiana se les predicaba, y por este medio con buena voluntad se convertían y acudían á la Doctrina aun sin ser llamados. Vivió este buen indio hasta el año de 1560, que le sacó Dios de esta vida mortal para la eterna, donde tendrá el premio de sú buen celo y trabajo con que ayudó á los Religiosos. Está enterrado en lo que fué la Iglesia antigua del Convento de Mérida, que cae debajo del principal dormitorio que hoy tiene, y aunque los Religiosos sintieron su muerte, se consolaron viendo que moría tan buen cristiano el que había sido tan gran idólatra.» (1)

Contraria á la conducta digna y laudable de este Cacique y sacerdote convertido, era la de la generalidad de los otros sacerdotes gentiles, que eran los más refractarios á la verdadera Religión, é inducían por todos los caminos posibles á que los indios no la abrazaran, y á que sus hijos no concurrieran á las escuelas de Doctrina, á que con tanta instancia eran llamados, y donde ade-

(1) Cogolludo. Hist. de Yucatán. Lib. V. Cap. VI.

Si el noble indio Euan, antes sacerdote gentil y después catequista cristiano, era de poco más de cincuenta años de edad al recibir el bautismo; suponiendo que le hubiese recibido en 1545, que era la época de las primeras conversiones logradas por el Rvmo. P. D. Fray Juan de la Puerta y sus compañeros fundadores, debió haber nacido en 1494, y murió á la edad de sesenta y seis años. La parte del monasterio en que fué sepultado corresponde á los vestigios de la arquitectura maya que allí quedaron y permanecen hasta hoy, aunque yá sin el monasterio que consagró aquel tan célebre sitio de la ciudad.

entre todos los Religiosos que en estos reinos había en aquellos tiempos, no se nombra otro con este nombre sino uno que hubo en ella, y no gozó el Obispado porque murió recien electo, como dice el P. Torquemada en su *Monarquía Indiana.*» (1)

Y al hablar el mismo Cogolludo de los Religiosos que el Comisario General de Nueva-España envió á Guatemala y Yucatán, calla el nombre del Rvmo. Sr. D. Fray Juan de la Puerta, diciendo que al frente de los que pasaron á esta Península vino por Prelado Comisario el P. Fray Luis de Villalpando, siendo así que quien vino con ese carácter fué el dicho D. Fray Juan de la Puerta, como claramente consta por documentos que en nuestros días se han descubierto y se contienen en las «Cartas de Indias,» que han sido publicadas en Madrid el año de 1877 por el Ministerio de Fomento. Una nota biográfica de dicha obra (2) dice así: «Fray Juan de la Puerta, Religioso franciscano que con los *primeros* de su Orden pasó á la Provincia de Yucatán *durante la conquista por D. Francisco de Montejo*, donde prestó tan excelentes servicios en la predicación y doctrina de los naturales, que mereció ser nombrado Comisario, cuyo cargo desempeñaba yá en el Convento de Mérida el año de 1547.»

Desde que salió de Guatemala para Yucatán el Rvmo. P. D. Fray Juan de la Puerta, vino con el carácter de Prelado Comisario, allá por el año de 1544, acompañándole los Padres, Fray Luis de Villalpando; Fray Lorenzo de Bienvenida, el mismo que según el P. Lizana, vino la primera vez con el memorable P. Fray Jacobo de Testera; Fray Nicolás de Albalate, Fray Melchor de Benavente, Fray Miguel de Vera y el hermano lego Fray Juan de Herrera.

Cogolludo, además de no contar entre estos Religiosos al principal de los mismos D. Fray Juan de la Puerta, suponiendo como dejamos dicho que el Prelado Comisario era Fray Luis de Villalpando, omite á Fray Miguel de Vera, incluye á Fray Angel Maldonado, que no aparece firmado en el documento antiguo que se ha encontrado y que yá insertarémos, y cambia el nombre de Fray Nicolás de Albalate en el de Juan, pretendiendo á su juicio corregir al Br. Valencia, que en esto ciertamente no se equivocaba en la «Relación» que de él cita el mismo Cogolludo.

(1) Cogolludo. Hist. de Yucatán. Lib. IV. Cap. XI.
(2) Cartas de Indias. Pág. 827.

Al venir de Guatemala estos Religiosos acordaron que uno viniese por la parte del Oriente y los otros por la del Occidente, esto es, que el uno entrara por Bacalar y los otros por Campeche, pasando por la Provincia de Chiapas con el fin de ver allá al Adelantado D. Francisco de Montejo que gobernaba todas estas Provincias, y aun no había venido á la nueva ciudad de Mérida fundada por su hijo como su Teniente Gobernador y Capitán General. Fray Lorenzo de Bienvenida fué el designado para entrar por Bacalar, teniendo qué atravesar toda la Península para venir á unirse á los otros en Mérida, y por cuya causa fué después distinguido con el nombre de *el Explorador;* viniendo el Prelado Comisario D. Fray Juan de la Puerta con los otros Padres por el otro extremo indicado.

Basta hacer mención de estos viajes y añadir que fueron hechos á pié descalzo, en su mayor parte por tan ásperas montañas y solitarios desiertos, para comprender cuán heróico trabajo, cuán grandes é indecibles penalidades debieron sufrir los insignes peregrinos evangélicos, para venir desde opuestos extremos á juntarse, como lo hicieron en el punto señalado. Partiendo de Guatemala el P. Bienvenida y dirigiéndose por la bahía de Honduras, salió al Mar Caribe, por donde tomó rumbo á Bacalar; y por su parte los otros Padres, partiendo igualmente de Guatemala, arribaron á Chiapas, y ambas á dos partidas vinieron peregrinando por centenares de leguas, atravesando extensos bosques, sólo poblados de fieras ó por tribus salvajes, subiendo difíciles y peligrosas cuestas, atravesando pantanos, ciénegas, lagunas, ríos y barrancos con temibles atolladeros, salvando peñas, orillando abismos, sufriendo la humedad con el frío de las noches, y el calor tropical de los días; los moscos, tábanos y chaquistes; soportando el hambre, la sed, la fatiga y el cansancio. Si maravilla fué que los soldados conquistadores afrontaran tantas y tan peligrosas dificultades, hasta triunfar después de largos años de sufrimientos y de luchas, ¿cuánto más sorprendente y maravilloso no es el contemplar á los obreros de la fé y de la civilización, que sin el ardimiento del furor bélico, ni menos arrastrados por la sed del oro y de la plata, vienen con santa humildad y abnegación la más completa, sólo por amor de Dios y de la humildad, buscando como el Buen Pastor á las pobres ovejas perdidas en apartados y desconocidos breñales?